

el duque y la duquesa de Chatillón, á los que nunca perdonó. Habiendo caído enfermo el duque un año después, consiguió á fuerza de súplicas que le permitieran venir á curarse al castillo de Licuville, pero con la prohibición de entrar en París; y habiendo tenido necesidad en el mes de agosto de pasar á tomar las aguas de Forges, solicitó del rey el permiso para atravesar por París; lo que se le concedió á condición de no pernoctar. En fin, hallándose moribundo el duque de Chatillón en 1754, representó por medio de la señora de Pompadour, entonces favorita, el profundo dolor que sentía de morir en desgracia con el rey; pero S. M. le permitió sólo á la señora de Pompadour le respondiese que el rey olvidaba lo pasado, y que en cuanto á la familia del duque podía contar con la bondad de S. M.

CAPÍTULO XI

Capitulación de Friburgo. — Vuelta del rey á París. — Alegría de los parisienses. — La señora de Chateauroux escribe á Richelieu. — La hora de recogerse la reina. — Excursión nocturna de Luis XV. — Entrevista del rey y la señora de Chateauroux. — Los enemigos de la duquesa caen en desgracia. — Enfermedad de la duquesa.

El día 1º de noviembre capituló Friburgo; el rey firmó la capitulación y dejando á sus generales el cuidado de tomar posesión de las fortalezas, marchó á París el 8 del mismo mes para hacer allí su entrada triunfal.

La campaña de 1742, 43 y 44 no había sido feliz.

Por más habilidad que había desplegado Belle-Isle en su retirada, aquel suceso había desanimado generalmente. Maillebois, á quien llamaban el general de los maturinos, había dejado que su colega lo hiciese todo. Segur, dueño de la Austria alta, la había evacuado; Broglie se había retirado poco á poco de Baviera sin combatir; y el emperador que se había elegido en oposición á María Teresa, no sólo había perdido los estados que la coalición le había ofrecido, sino también los que de antemano poseía, y se había hecho el objeto de la risa de la Europa entera. La guarnición de Egra, última plaza fuerte que quedaba á los franceses en Bohemia, estaba prisionera de

guerra. Noailles, por culpa de su sobrino Gramont, había dejado escapar al rey Jorge II en la batalla de Eltinguen. Hacia dos años que los franceses no hacían más que retirarse en todas direcciones; y el partidario Meutzel, que más de una vez había traspasado los límites de las fronteras de Francia, había amenazado venir á cortar las orejas á los parisienses. No llegaban al pueblo más que noticias de derrotas, no se veían más que tropas vencidas. Todos se habían gastado, todos, ministros y generales, excepto el rey, en el que todavía se tenía esperanza, en atención á que nada había hecho.

Su enfermedad procedía, según decían, de las fatigas que había sufrido en el ejército; se había creído que iba á morir, y un milagro le había conservado la vida. Todo concurría, á pesar de los pocos triunfos que hubiese alcanzado, para prepararle una entrada triunfante.

Es por tanto difícil formar idea de la embriaguez con que se celebró la entrada del rey en París. Los árboles del boulevard se desgajaban con el peso de los espectadores; las ventanas parecían estar tapiadas con cabezas, los tejados se hallaban cubiertos de gente. Se sacaron las carrozas que servían para la consagración; caballos soberbios con magníficos penachos conducían al hermoso y joven monarca, en cuyo rostro se veía la más graciosa sonrisa. Todo contribuía á exaltar al pueblo enternecido, que lloraba y corría sin cuidarse de recoger las monedas que se arrojaban, precipitándose á las puertas del coche para ver al rey, volverlo á mirar otra vez, y gritar: ¡viva Luis el muy amado!

También salió de su casa la señora de Chateauroux, pero cubierta con su velo, de suerte que nadie pudiese

conocerla, porque el rey no había todavía respondido á sus cartas, ni al envío de su escarapela; de suerte que pesar de las seguridades que le daba Richelieu, ella ignoraba aún á qué altura se hallaba con su real amante. Y escribía á Richelieu, que estaba entonces en Montpellier:

— « Ha venido á París y puedo pintaros la embriaguez y alegría de los buenos parisienses; á pesar de lo injusto que son para mí, no puedo dejar de amarlos por su afección al rey; le han dado el epíteto de *muy amado*, y este título borra todas las ofensas que me puedan haber hecho.

»... ¿ Pero creéis que me ame todavía? Tal vez cree tener que enmendar muchas sinrazones suyas, y tal vez esto lo contiene para volverme á buscar. ¡ Ah! no sabe que yo he olvidado ya todas sus faltas.

» No he podido resistir el deseo de verlo. Me vestí de suerte que no pudiese ser conocida y fui con la señorita Hebert á la carrera por donde debía pasar.

» Lo vi, estaba gozoso y enternecido; tiene, pues, sentimientos de ternura; mucho tiempo tuve fijos en él mis ojos, y mirad lo que es la imaginación, me pareció que me había mirado y que procuraba reconocerme.

» Marchaba con tal lentitud su carruaje que tuve mucho tiempo para examinarlo, y no puedo explicaros lo que pasó en mi interior. Me hallaba muy oprimida entre la gente, y yo misma me reconvenía aquel paso que daba por un hombre que me había tratado tan inhumanamente; pero arrastrada por los elogios que le prodigaban, y por los gritos en que la embriaguez de la alegría hacía prorrumpir á los

espectadores, no tenía la fuerza suficiente para cuidar de mí misma.

» Una sola voz que resonó á mi inmediación me recordó mis desdichas, nombrándome de un modo injurioso. »

Y con efecto, un hombre que había reconocido á la señora de Chateauroux, gritó viva el rey, y volviéndose hacia ella le escupió en el rostro.

Esta entrada del rey tuvo lugar el 13 de noviembre.

Aquella misma noche habiéndose quedado el rey y la reina en las Tullerías, se oyó tres veces rascar en la puerta de comunicación del cuarto del rey al de la reina. Las camaristas de servicio despertaron entonces á S. M. y le dijeron que creían que era el rey que pretendía entrar; pero la reina sonriéndose tristemente les respondió :

— ¡ Ah, no ! os habéis equivocado, volveos á acostar y dormid. |

Pero apenas habían vuelto á acostarse las camaristas cuando el ruido comenzó de nuevo.

Esta vez ellas se determinaron á abrir, pero á nadie encontraron, y fueron á informarse al cuarto del rey, donde les dijeron :

Que S. M. estaba en cama y no había manifestado ninguna intención de pasar al cuarto de la reina.

Era con efecto verdad que el rey no había manifestado ninguna intención ni deseo de pasar al cuarto de la reina; pero no era cierto que S. M. estuviese acostado en su cama.

Al contrario, el rey acababa de levantarse, y saliendo de las Tullerías, había pasado el Puente Real, y se había hecho llevar de incógnito en casa de la

señora de Chateauroux, que habitaba en la calle del Bac, cerca de los Jacobinos.

Quería verla, saber las condiciones que exigiría para volver á la corte, y disculparse de lo que había ocurrido en Metz.

Diez minutos antes de que anunciase al rey y cuando ella dudaba aun de que volviese, se habría considerado muy feliz la señora de Chateauroux de haber vuelto á Versalles sin condiciones; pero en aquel momento, en que el rey se ponía en algún modo á su discreción, recobró toda su altivez y habló, no ya como desterrada sino como dueña absoluta.

Así es que el rey no obtuvo á su primera pregunta más que esta respuesta :

— Señor, estoy satisfecha de no ir á podirme en una prisión de orden de V. M. Me contento con disfrutar de las ventajas de la libertad y con ella los placeres de la vida privada. Prefiero permanecer como me encuentro y no volver á la corte, porque yo no puedo volver á ella, sino con condiciones que no queréis concederme.

— Escuchad, princesa, respondió el rey, creedme, olvidad todo lo que ha pasado en Metz, volved á la corte como si nada hubiese acontecido; volved desde esta misma noche á ocupar vuestro alojamiento en Versalles, y con vuestro alojamiento el empleo que teniais en el cuarto de la delfina.

Desgraciadamente el rey había perdido la superioridad y no podía salir del paso fácilmente.

La duquesa pidió que se hiciese salir á los príncipes.

Pero el rey respondió que á ellos se les había ofendido antes impidiéndoles la entrada en el cuarto del

rey y que era preciso renunciar á ninguna venganza con los principes.

Pidió después la duquesa que el señor y la señora de Maurepas saliesen desterrados.

Pero el rey respondió que el señor de Maurepas, con el que despachaba en diez minutos lo que con cualquiera otro no podría hacer en todo un día, le era demasiado útil en su trabajo para que pudiese decidirse á desterrarlo.

Se convino en que el señor de Maurepas presentaría sus excusas á la duquesa y que ésta indicaría la clase y manera en que debería hacerlas.

Pidió la señora de Chateauroux, que el duque de Chatillón, el señor Bouillon, el obispo de Soissons, el padre Perusseau, la Rochefoucault y Balleroy fuesen desterrados.

— En cuanto á esos, dijo el rey, os los entrego, y por lo que toca á Chatillón ya está todo hecho.

Y le enseñó la orden de prisión que tenía firmada ya de algunos días y que sólo había conservado para mostrársela.

Con esto quedó todo olvidado, y tan bien olvidado que la señora de Chateauroux, cuando se marchó el rey, quedó con un furioso dolor de cabeza y fuerte calentura.

El 20 de noviembre recibió Chatillón la noticia de su orden de prisión y la orden para salir de París sin detención y sin hablar con nadie.

En cuanto á la Rochefoucault, se le mandaba por una orden del rey, permanecer en sus tierras hasta nueva disposición. Esta orden estaba dirigida por el rey á Maurepas.

El señor Bouillon recibió la orden de retirarse al ducado de Albret, en donde se le designaba por

morada un edificio ruinoso que no había estado habitado hacía más de doscientos años.

En cuanto al padre Perusseau, quiso el rey castigarlo de la misma suerte que él había hecho sufrir á la duquesa. En su presencia y como si el rey ignorase que estaba él allí, envió á buscar al superior del noviciado de los jesuitas, con el que estuvo largo tiempo hablando. En lo sucesivo continuó enviando á buscar de cuando en cuando al mismo superior, y estuvo así más de un mes sin dirigir nunca la palabra al confesor, el cual se consideró en completa desgracia; y como todo el mundo lo creía así con efecto, casi todos sus penitentes lo fueron abandonando.

Al cabo de un mes, el rey tuvo compasión de su pena y le envió á decir que nada había perdido en su gracia.

El señor de Soissons fué desterrado á su diócesis, no por una orden escrita sino por mandato verbal.

Balleroy recibió orden de volverse á Normandía.

Maurepas, que era el ejecutor de todas estas venganzas, esperaba ver venir la que le tocase, recibió orden de ir á casa de la señora de Chateauroux para convidarla á venir á Versailles.

— ¡ Señor ! ¿ qué deberé decir á la señora de Chateauroux ? preguntó el ministro.

— Aquí tenéis escrito lo que habéis de decir, contestó el rey.

Tomó Maurepas el papel y se presentó en casa de la señora de Chateauroux, pero el ujier que estaba advertido, respondió que la señora no estaba.

Preguntó en seguida Maurepas por la señora de Lauraguais, y recibió la misma respuesta. Dijo entonces que venía de parte del rey, y lo hicieron entrar.

La señora de Chateauroux estaba en la cama; el

rey, como se ha dicho, la había dejado enferma, y no se había mejorado.

— Señora, le dijo Maurepas al entrar en su habitación, el rey me envía á decirnos que ignora todo lo que ha ocurrido con respecto á vos durante su anterior enfermedad, que conserva por vos los mismos miramientos, la misma estimación y la misma consideración, y que en consecuencia os suplica volváis á la corte á tomar en ella vuestro puesto, y la señora de Lauraguais el suyo.

— Señor, respondió la duquesa; siempre he estado persuadida de que el rey no tenía parte alguna en lo que ha ocurrido respecto á mí; por eso nunca he dejado de conservar á S. M. el mismo respeto y el mismo afecto, y siento no hallarme en estado de ir desde mañana mismo á dar las gracias al rey; pero iré el sábado próximo que ya estaré sana.

Entonces se le aproximó Maurepas con una fisonomía que indicaba el deseo que tenía de que la duquesa le permitiese besar su mano.

La duquesa extendió la mano diciendo:

— Eso cuesta poco, y no tiene consecuencias.

Maurepas se retiró diciendo:

— Hasta el sábado.

Y la duquesa repitió:

— Hasta el sábado.

Pero la pobre mujer había ofrecido, sin pedir permiso al que tiene en su mano la vida de los hombres; y el sábado en que ella creía hallarse ya restablecida, se encontró peor.

Desde aquel día fué agravándose el mal; once días pasó en delirios y vueltas á la razón, que daban á su situación un carácter fatal; en sus delirios gritaba

que estaba envenenada y que el veneno que había tomado procedía de Maurepas. En sus momentos lúcidos se confesaba con el padre Leganol, el cual afectaba decir que jamás había visto una penitente más resignada á morir.

El mismo cura de San Sulpicio, Languet, tan severo con la pobre duquesa de Berry, fué el que llevó el Viático á esta otra Magdalena, pero ni el uno ni el otro exigieron que la duquesa de Chateauroux hiciese el sacrificio de su pasión. Sin duda se le contaba en descuento todo lo que había sufrido en Metz.

Nueve veces sangraron á la duquesa, ya en los brazos, ya en los pies, durante la enfermedad, sin que produjesen el menor alivio. Cada día se le cargaba más la cabeza; el delirio era cada día mayor. Cada vez que el delirio le repetía, volvía á decir que moría envenenada, y que el veneno se lo había dado Maurepas en Reims en una medicina.

El 8 de diciembre expiró en medio de atroces convulsiones.

La autopsia no presentó ningún vestigio de envenenamiento.

Dos días después, el 10 de diciembre de 1744, fué sepultada en la capilla de San Miguel, en San Sulpicio.

Á los dos años justos, día por día, que se había hallado la caja de tabaco del rey debajo de la almohada de la pobre duquesa.

Esta muerte affligió mucho al rey, y se fué á caza para distraerse.

El 7 no había ya podido permanecer en el consejo hasta el fin, y no queriendo ver á nadie, se fué á encerrar en Trianón con las señoras de Bouffeurs, la

de Módena y la de Belleford, para llorar allí á su libertad.

La reina tuvo el ánimo de escribir á su marido pidiéndole ir á participar de su dolor ; pero el rey le hizo responder por medio de Lebel, que no la vería hasta que fuese á Versailles.

CAPÍTULO XII

Matrimonio del delfin. — Se casa con la hija de Felipe V y de Isabel Farnesio. — Temores de Richelieu después de la muerte de la señora de Chateauroux. — Silencio del rey. El duque se conserva en la gracia de Luis XV. — La señora de Flavacourt. — La señora de Rochechouart. — Fiestas que dió la villa de Paris. — Paisanos y paisanas. El baile de la villa. — Los cazadores. — Los disfraces. — El pie de la señora de Chateauroux. — Los talentos de la señora de Etioles. — La cena del 22 de abril. — El señor Normand de Etioles. — La correspondencia del marido. — La correspondencia del rey. — Vuelven á romperse las hostilidades. — Ingleses y holandeses. — El arresto de los señores de Belle-Isle. — Mauricio de Sajonia. — La batalla de Fontenoy.

Comenzó el año de 1745 con el matrimonio del delfin con la infanta Maria Teresa, Antonieta, Rafaela, hija de Felipe V y de Isabel Farnesio.

Todo Paris era fiestas, pero el rey, profundamente triste por la muerte de la señora de Chateauroux, y afectado por el fastidio que era el cáncer de su vida, y que el vacío que habia dejado en ella la muerte de la hermosa duquesa hacia aun más profundo ; el rey, tal vez, no habria participado de ninguna de estas fiestas, si no hubiese vuelto Richelieu de los estados de Languedoc, para comunicarle un poco de animación y alegría.